

LAS LÍNEAS DEL ECUADOR DE LA MANO DE RAÚL VALLEJO

POR JOTAMARIO ARBELÁEZ

A Gloria Luz

A Raúl Vallejo desde los 16 años lo corrompió la poesía,
que lo puso a escribir y publicar libros, a ganar premios y escalar jerarquías,
así haya sido un poeta rebelde, que ha pisado los pedales de periodista, profesor, rector de colegio, ministro
y ahora de flamante embajador de Ecuador en Colombia,
subsananando el explosivo trance en que se rompieron las relaciones.

Y lo sigue siendo sin perder el énfasis, la flema, la contundencia ni la ironía.

De uno de los primeros poemas del Poeta indignado resalto estos versos modernistas, todo un ingenioso epigrama que el mismo Rubén Darío habría celebrado, así aparezcan como políticamente incorrectos, cosa que le trae a él sin cuidado:

*“Yo soy aquel que ayer no más decía
¡Viva la revolución!
Yo soy aquel que hoy no más digo
¡Viva la libertad de empresa!”*

La ansiada revolución que preconizamos devino en una utopía realizable y realizada, pero donde no logramos reencontrarnos.

Sucedió con los de mi generación nadaísta de los años 60 paralela a la de los Tzántzicos.

Nos matriculamos de poetas para no pasar de vagos y resultamos más vagos que los más vagos pues además nos propusimos salva el Hombre en vez de trabajar para ayudar a sostener la familia o por lo menos terminar el bachillerato.

Decíamos en ese tiempo ante las luces del triunfo de la revolución cubana: “Los nadaístas amamos la revolución aunque la revolución nos mate, o nos ponga a trabajar”.

Los revoltosos de entonces, en cuyos países no cuajó la revolución proletaria a pesar de que todavía se lucha por ella con recursos conexos con la rebelión,

según se ha terminado por avalar en Colombia, como es el comercio de coca, la gran vampira de la economía del imperio,

miramos con admiración a los países que sí la hicieron, pero las huevas si quisiéramos pasarnos a vivir en ellos.

Para los rebeldes natos es mejor continuar cacareando contra las fallas de nuestros anquilosados sistemas que atrevernos a mostrarlas a la insurrección coronada.

Ya lo dijo Fidel sin lugar a dudas: “Con la revolución todo, contra la revolución nada”.

Y aguantó, hasta que el propio presidente Obama declaró que el Tío Sam había muerto.

Lo que no despertó ningún tipo de celebraciones ni euforias del Tercer Mundo.

En el mismo poema, con otro aliento, se encuentra lo que considero el nódulo humanista de su ars poética.

“Yo sólo quiero una playa para mis pies y un horizonte para mi mirada; quiero una alameda para mis hermanos; árboles que cobijen el paso de miles de cuerpos bellos envueltos en banderas multicolor y abrazos de todos los sexos. Quiero el agua de la paz para los sedientos de verdad y justicia y la tierra para las manos desplazadas que se hundieron en ella. Quiero flores y la brisa fresca para aliviar las heridas y el cielo luminoso para los días del beso y la reconciliación.”

Más bello no canta un gallo en una emisora. Es lo que debe anhelar y exigir un poeta para su gente, con términos rotundos, cantarinos y justicieros. Así se escribían los ardientes manifiestos firmados por todos.

Comienza nuestro poeta plasmando lo que hoy es un clamor unánime entre quienes anhelamos la paz de nuestro país.

Y digo nuestro hablando de él, porque como veremos más adelante Raúl ha asumido como propios nuestro dolor y nuestra esperanza.

El que un día se siente poeta, como el que se siente libre, lo primero que se pregunta es: “Y ahora, ¿qué hago con la poesía, qué hago con mi libertad?”

Y no faltará el bisojo que le responda: “Comprometerlas”.

Así lo hicieron Maicovsky, Éluard, Alberti, Neruda, Adoum, Cardenal.

Enalteciendo con la bendita palabra el reclamo por las reivindicaciones sociales, la denuncia por las vejaciones y el panegírico de quien se convierte en emblema.

Aparecieron también carteleros reclamantes, debidamente identificados a tiempo, que lo que lograron, con la aquiescencia del partido, fue rebajar el lenguaje con el cliché.

Se puede ser elegante con la expresión, a lo René Char —y ensalcemos a Zalamea—, para mostrar solidaridad con la pena humana. Eso hace mi querido viejo Raúl Vallejo sin tanto engole.

En el primer canto del libro, *Taberna de la cofradía de Chapinero bajo*, el poeta se presenta bajo el ropaje de diversos contertulios, el mismo ente lírico diversificado en la vestimenta expresiva.

Están en cabildo lírico abierto, en mesa redonda, en ebria tertulia,
y me siento a escucharlos con mi licorera de pecho, al Poeta Indignado: “¿Para qué escribo, entonces? / Tan sólo para asumir mi condición de sobreviviente”;

al Homo Libidinosus: “El deseo es incondicional con quienes se someten a sus designios”;

al Vate Memorioso (dirigiéndose al fotógrafo Kevin Carter): “La culpa por el niño y el buitre te atormentó hasta el día en que detuviste tu carro / al borde de un camino, para llenar tus pulmones con la paz del monóxido de carbono”;

al Crítico Literario: “¡Esto es ridículo! La historia llegó a su fin pero los idiotas / latinoamericanos siguen empeñados en socialismos del siglo XXI. / ¡Escuchad a Plinio Apuleyo Mendoza, venerable chismoso de cocteles!”;

al Antipoetuchto: “*Somos los modelos de crónica roja / y para Unicef estadísticas de la pobreza / Somos los desechables para que nos recoja / de los estercoleros, la patrulla de limpieza.*”;

al Cronista Poscolonial: “*Marisella Escobedo, mexicana de 52 años, le dimos un balazo por reclamar / en Ciudad Juárez el asesinato de su hija / y más de tres mil mujeres solo en 2010... / Me avergüenza ser hombre en un mundo feminicida.*”;

al Poeta Purísimo: “*Nos incomodan los pobres, ellos / agrian el vino de nuestra mesa, desdibujan / las estadísticas de la sana economía pero reciben / los daños colaterales de nuestros tratados de libre comercio.*”;

a la Actriz Invitada que monologa: “*Soy una muñeca moribunda, cebada de cocaína, / muñeca de nembatal bajo las oscuras luces de Hollywood. / Pero voy a ventilar este maldito asunto.*”;

al Poeta Manteño–Huancavilca: “*Es la hora distrital para cerrar este taberna*”.

A pesar de sus ínfulas, semejan habituales de una taberna de Rabelais, incluyendo a nuestra rubia emparedada en Westwood.

En ese conceptual zaperoco el poeta central se pasa la cuenta a sí mismo, pero la terminan pagando los demás poetas de distinto pelaje, y más precisamente los que manejan los hilos transnacionales del descalabro.

El canto siguiente, *De las escenas en las redes sociales*, es un tema en el que ya es experto Vallejo,

pues desde 1999 publicó una exitosa novela que ya va por cuatro ediciones, donde se sumerge en el mundo alucinante —y esclavizante— de las comunicaciones virtuales.

Le saca partido a esa nueva dimensión del contacto, juega con los caracteres del tuit, chuza el ciberspionaje, ironiza con el mundo en la Red, apuesta a lo que el Facebook dimensiona la muerte y faranduliza la vida.

Su burla, más que su crítica, queda resumida en el comienzo de su *Paisaje Urbano No. 1*, que todos pensaremos es nuestro selfie:

*Camina con la mano sobre la oreja
sin pausa camina, con la mano
sosteniendo la oreja escondida
una caracola que atiende secretos,
urgencias, amores, negocios, tonterías.”*

Procreación de identidades. Ella es él, parafraseando a Rimbaud. Si todo hay que decirlo, digámoslo. Antes de que lo digan otros, o se diga a sí mismo.

Espacio para el deseo errabundo de carnosidades secretas. El poeta se entrega. Confesiones confusas e inconfesables. Cuerpos que desnuda la luna emborrionados por la caricia. El deseo como fruto de tu vientre, o del suyo.

Cuando el reposo del guerrero se duerme, el guerrero debe seguir guerreando.

Mientras más hago el amor, más ganas tengo de hacer el amor. La revolución era eso, como se canta en Marat-Sade, una general copulación.

Allí donde exista el deseo, hay esperanza. Así el amor se demore.

Padre, ¿extraviaste nuestros nombres acaso? Se fue antes de que nacieras y te quedaste sin su nombre y sin su abrazo.

Eso no es malo para la poesía, amable Raúl. Similar problema vivió Rimbaud.

Por el verbo, como lo expresas en el poema, te liberaste para siempre de su ausencia.

Madre, sé que me nombras desde lo eterno. Se necesita ser muy buen hijo para cantar a la madre y muy buen poeta para que ella lo acepte.

Entre nosotros las endechas de Julio Flórez saturaron el homenaje. Pero en este caso se trata de una oración posmoderna. Que de todas maneras agua los ojos, sal a la vista.

El duro contra las piedras expone su corazón a los rayos. La madre es la mujer despojada de espinas. El poeta paga con el oro de su palabra toda la penuria vivida.

Poesía urgente para un mundo sin poesía. El mundo carece de poesía cuando el poeta carece de mundo. Pero Raúl Vallejo lo porta todo en su maletín de testigo. De la mitad del mundo hacia arriba y hacia abajo se ha desplazado. La línea del Ecuador pasa por el ombligo de Raúl Vallejo.

Por eso se permite con su verso transiberiano atravesar todas las estepas como correo del azar. En poema preñado de mundo, como él mismo lo reconoce.

Y así puede toparse en cualquier recodo a Dimitris Christoulas aplicándose un tiro en Atenas, a sus hermanos ecuatorianos trabajando duro en Madrid, al asesino del Che recuperando la vista perdida por misión solidaria de un médico cubano;

a Elvira Cely empalada por el palo del falócrata; a los 43 niños silenciosos e invisibles de Ayotzinapa

y al propio César Vallejo, en Sevilla, “*republicano de trinchera en la poesía / de cada paso de cada pierna de cada cuerpo / de cada pecho de cada seso de cada ser*”

Salvador Allende, andando libre por las alamedas. Y llegamos a la elegía al estadista que fue adalid que fue héroe que fue mártir que continúa siendo enseña por más que se nos vayan desdibujando los líderes. “*Hoy cantado para el horror de los neutrales y los poetas puros.*”

Cuitas de amor por Colombia. Es el canto que comienza el niño encantado con los botines Croydon y las galletas Noel que sus tías Colombia, Argentina, Bolivia, América y Holanda le conseguían en Ipiales donde pernoctó Juan Montalvo.

Y luego se engolosina con sus mujeres, con sus paisajes, con sus personajes de la literatura y de la pantalla chica como José Asunción y como Rosario Tijeras. Y Margarita Rosa De Francisco y mis amigas María León, teatrix y Marcela Sánchez, fotógrafa.

Mística del Tabernario es un libro intrépido y contundente, cosido al hueso de los tiempos que vivimos. Poesía coloquial, narrativa, pícaro, zumbona, contestataria.

No es poesía pura pero es pura poesía, parida por los impuros. Los que no piensan que poseen la verdad pero la razón sí la tienen.

Libros como éste, pasionales, atrevidos, polifacéticos, totalizantes, esos, son los imprescindibles.

Entre las curiosidades informativas que me trajo este libro, está la del bronce de Eloy Alfaro, instalado en el barrio Obrero de Cali, como a punto de bailar pachanga. Devela Raúl que:

*Sobre un pedestal lo colocaron
los anarquistas del Valle del Cauca
los sastres recién llegados de Ambato
los proletarios de hoz y martillo que burlaban fronteras
el 25 de Julio de 1937...*

El mismo día que Cali develaba la estatua de Sebastián de Belalcázar, señalando al sur. Mi abuelo, mi abuela, mi bisabuelo y su prole se habían instalado en el barrio Obrero y abierto una sastrería. A ella llegó en busca de futuro mi padre, el sastre de Antioquia. Desde que estuvo al frente de la mesa de cortes se enamoró de mi madre. Y allí comenzó a gestarse este prólogo.

Bogotá, Agosto 2015